

CA

PI

TU

LO

1

**H**ay tantas buenas maneras de poder echar un vistazo a un cuerpo sin vida.

Siempre puedes producir uno por ti mismo, por supuesto, que es lo que la mayoría de las personas hacen. Es rápido, es económico y puedes hacerlo con cosas que tienes alrededor de tu propia casa: un martillo, un cuchillo de cocina, un pariente que no se calla y *bum*. Tu propio cadáver. Como los proyectos del tipo "hágalo usted mismo", el asesinato es más sencillo y más común que pintar una habitación, aunque, para ser justos, significativamente más difícil de ocultar. Y tiene otras desventajas también: primero, es asesinato. Así que ahí está. Segundo, y más pertinente en mi propia situación, solo es realmente útil cuando el cuerpo sin vida que quieres ver es uno al que tienes acceso cuando aún sigue con vida. Con los cuerpos realmente buenos, este es rara vez el caso. Digamos que quieres examinar un cuerpo específico, como, ah, no lo sé, el de una mujer mayor que murió de causas misteriosas

en un pequeño pueblo de Arizona. Solo para dar un ejemplo al azar. Entonces, se vuelve mucho más difícil.

Si necesitas ver un cuerpo específico, ayuda ser un verdadero policía, o mejor aún, un agente del FBI. Puedes inventar alguna excusa rápida para explicar por qué ese cadáver en particular es una pieza clave para tu investigación, ingresar, exhibir una placa, y hecho. Podría incluso ser real, lo que sería un buen beneficio extra, pero no es realmente necesario. Si no fueras en realidad un representante de la ley, pero supieras lo suficiente, podrías ingresar con una placa falsa y tratar de lograr el mismo resultado. Pero, si tuvieras además, por ejemplo, dieciocho años, convencer a la autoridad local de creerte sería algo más fácil de decir que de hacer. Lo mismo aplica para un adolescente que pretenda ser un forense, un perito y un reportero. He utilizado la línea de: "Estoy investigando algo para el periódico escolar" algunas veces y funciona bastante bien, pero solo cuando ese algo que investigas no es un cuerpo humano en descomposición.

Eso deja tres opciones principales: primero, si puedes llegar lo suficientemente rápido, puedes intentar engañar al forense para que crea que eres el nuevo chofer de la funeraria local, asignado para recoger el cuerpo y llevárselo al embalsamador. Necesitarías algunos documentos falsos pero, honestamente, no tantos como se podría pensar. Y, si has crecido en una funeraria y has asistido en el negocio familiar desde que tenías diez años y conoces todo el proceso de atrás para adelante (otra vez, solo como ejemplo al azar), podrías hacerlo con bastante facilidad. Pero solo si llegas a tiempo.

Digamos que no lo logras, porque te encuentras a dos

estados de distancia y viajas únicamente con aventones (u, honestamente, por cualquier razón; simplemente no puedes llegar a tiempo, esa es la parte importante). En ese caso, pasas a la segunda opción, que requiere más o menos las mismas habilidades: presentarse en la funeraria después de horas y exhibirse. Digo “más o menos las mismas habilidades” porque nunca sabes qué tan bueno será el sistema de seguridad de la funeraria y eres un funebrero adolescente, no un ladrón. En un pueblo pequeño, o incluso en una ciudad más grande, si la casa funeraria fuera lo suficientemente antigua, podrías hacer que funcionara, porque no siempre tienen fondos para actualizar sus equipos. Es un problema de la industria.

Pero digamos que sí han actualizado sus equipos (sin cámaras, pero una alarma con sensor de movimiento) y que definitivamente no quieres que te atrapen metiéndote en una casa funeraria. Es decir, no creo que nadie quiera que lo atrapen metiéndose en ningún sitio, pero digamos para este ejemplo que en verdad, en verdad, no lo deseas. Vayamos tan lejos como para decir que los representantes de la ley que mencionamos antes, a los que nuestro totalmente hipotético adolescente funebrero estuvo tentado de representar, están, de hecho, buscándolo activamente. Así que cualquier cosa ilegal está fuera de discusión. Eso nos deja solo una opción: tenemos que esperar hasta que la funeraria abra sus puertas, saque el cuerpo de su habitación trasera e invite a todos los que quieran verlo a que se acerquen y simplemente lo vean. Lo que nunca ocurrirá, ¿verdad?

Error. Se llama velatorio y ocurre cada día. No te permiten literalmente entrar y husmear, pero es mejor que nada.

Y Kathy Schrenk, una pequeña anciana que murió en circunstancias misteriosas en el pueblo de Arizona, Lewisville, tuvo un velatorio ese día. Y un funebrero adolescente con un pasado en el FBI se encontraba afuera, con esperanzas de que su traje no se viera muy desaliñado.

Hola. Mi nombre es John Cleaver, y mi vida suena algo extraña cuando la describo de este modo.

La describiré de una forma diferente, pero no sonará más normal: me dedico a cazar monstruos. Solía hacerlo solo, luego, por un tiempo, lo hice con un equipo de especialistas del gobierno, y luego los monstruos nos encontraron y los mataron a casi todos y ahora los cazo solo otra vez. Los monstruos se llaman Marchitos, o algunas veces Condenados; otras, Iluminados, si encuentras a uno de buen humor, pero eso es bastante poco frecuente en estos días. Son viejos y están cansados, y se aferran a la vida más por terquedad que por otra cosa. Solían ser humanos, pero renunciaron a alguna parte intrínseca de sí mismos (su memoria, sus emociones, su identidad; es diferente para cada uno de ellos) y ahora ya no son humanos. Uno de ellos me dijo que eran más que humanos y menos, al mismo tiempo. Han pasado diez mil años con increíbles poderes, gobernaron el mundo como reyes y dioses, pero ahora solo aprietan los dientes y sobreviven.

La naturaleza misteriosa de la muerte de Kathy Schrenk es una clásica noticia sensacionalista: ella se ahogó lejos del agua, su cuerpo se encontraba empapado mientras que todo a su alrededor estaba seco como un hueso. Extraño, pero no automáticamente sobrenatural; Miss Marple probablemente podría resolverlo en el desayuno. Nueve de cada diez veces

(nueve mil veces de nueve mil una) se trata solo de un ser humano ordinario; celoso, enfadado o aburrido. Somos personas horribles, si vamos al caso. Apenas vale la pena salvarnos.

Pero ¿qué más voy a hacer? ¿Detenerme?

Observé la funeraria un tiempo más: Casa Funeraria Hermanos Ottessen. Saqué una pelusa de mi manga. Acomodé mi cabello. Saqué otra pelusa. Era ahora o nunca.

Esto es lo que llevo meses haciendo, desde que nuestro equipo murió, envié a Brooke a casa y salí por mi cuenta a cazar a los Marchitos sin apoyo, sin guías ni inteligencia. Busqué anomalías y las seguí. La mayoría no llevaban a nada y simplemente seguí adelante.

Entré.

Mi situación hipotética anterior, acerca de crecer en una funeraria, no era hipotética. Probablemente hayan adivinado eso. Mis padres eran funebreros. Y vivíamos en un pequeño apartamento sobre la capilla. Comencé a ayudar con los funerales cuando tenía diez y con los verdaderos embalsamamientos unos años más tarde. Entrar a Hermanos Ottessen era como entrar en mi propio pasado. Las decoraciones de mal gusto, al menos una década fuera de moda; la pequeña mesa semicircular con un libro de firmas y un falso bolígrafo elegante. La inestable combinación de sofisticación y religión genérica, con un bebedero en la pared. Toqué el papel tapiz (elegante, pero desgastado, diseñado para aguantar multitudes inquietas y portadores de féretros inexpertos) y pensé en mi casa. No la había visto en casi tres años, aunque le había echado un vistazo ocasionalmente en las noticias. Mi hermana y mi tía se ocupaban de la funeraria, pero quién sabía

cuánto duraría eso. No podían mantenerla solas. Mi papá no las ayudaría y mi mamá... Bueno, ella ya no estaba por ahí para ayudar, ¿o sí?

Su cuerpo había estado tan dañado que no puede embalsamarla. Era lo único que habíamos compartido, y hasta eso perdí.

La multitud en el velatorio de Schrenk era diversa, en su mayoría eran mujeres mayores no muy lejos de tener sus propios velatorios. Algunos hombres mayores. Alguien había ubicado una mesa junto a la puerta, con un arreglo de fotografías y recuerdos y, mientras que había muchas fotografías grupales, Schrenk estaba sola en los retratos. Nunca se había casado, nunca tuvo hijos. Algunas fotografías incluían a la que parecía su hermana gemela. En una se veía a Schrenk de pie frente a la misma funeraria, con un brazo alrededor de la cintura de una mujer robusta que rondaba los cincuenta años. Un lugar extraño para una fotografía, ¿tal vez durante el funeral de otra amiga? Pero no, ninguna de las dos vestía ropa apropiada para un funeral. ¿Empleadas, entonces? El resto de la mesa estaba cubierta con varios pequeños sombreros de lana y bufandas, así que supuse que Schrenk tejía.

Seguí de largo y entré a la propia sala velatoria: el cajón estaba en la pared más lejana, rodeado de banderas, con varias sillas y sofás esparcidos por las esquinas de la habitación, la mayoría ocupados por mujeres mayores que tenían conversaciones susurradas. En una esquina había una mesa de refrescos con un surtido de galletas reseca.

—Creo que luce terrible —dijo una mujer mayor junto a la comida, le “susurraba” a un pequeño grupo de mujeres conternadas. No podía decir si estaba fingiendo susurrar pero

quería ser escuchada o si realmente no sabía cómo regular su propio volumen—. Nunca he visto un cuerpo que luciera con menos vida.

Caminé lentamente más allá de ellas, hacia el cajón, y me esforcé por que pareciera que pertenecía allí.

—Hola —dijo un hombre que dio un paso al frente y me ofreció su mano. Yo la estreché—. ¿Eres un amigo de Kathy? —parecía de sesenta años, tal vez sesenta y cinco.

—Conocido —respondí rápidamente y desplegué mi mentira diseñada—. Era amiga de mi abuela, pero ella no pudo venir, así que quería que viniera a ofrecer mis respetos.

—¡Maravilloso! —exclamó él—. ¿Cómo se llamaba tu abuela?

—Julia. —No conocía a ninguna Julia, pero era un nombre tan bueno como cualquiera.

—Creo que escuché a Kathy mencionarla —afirmó el hombre, aunque no podía saber si había dado accidentalmente con un nombre real o si él estaba siendo amable—. ¿Y cuál es tu nombre, jovencito?

—Robert —respondí, con esperanzas de que fuera lo suficientemente genérico para que él lo olvidara si alguien se lo preguntaba. Intentaba no usar nunca el mismo nombre dos veces, gracias a todo el asunto del FBI. Lo observé un momento: un traje algo desgastado, demasiado corto en los tobillos; una camisa blanca lisa, que ya se estaba oscureciendo en las mangas y el cuello. Era un hombre que usaba mucho esa ropa, de modo que hice una amable suposición.

—¿Usted trabaja para la funeraria?

—Así es —afirmó él y volvió a ofrecerme la mano—. Harold Ottessen, soy el chofer.



–¿El chofer? –Así caía mi idea de que los conductores eran jóvenes–. ¿Asumo que su hermano es el funebrero, entonces?

–Lo era –respondió Harold–. Pero me temo que él ha fallecido cerca de veinte años atrás.

–Lamento escuchar eso.

–Estas cosas suceden. Nuestra familia lo sabe. Margo se ocupa de las cosas ahora; está por aquí, en alguna parte.

Yo asentí, ya estaba aburrido de hacer conversación.

–Fue agradable conocerlo, Harold. Iré a ofrecer mis respetos.

Él asintió también y me ofreció su mano para que la estrechara una tercera vez, pero pude liberarme cuando otra mujer mayor se acercó con expresión preocupada.

–Es totalmente deshonroso –comentó ella–. ¿No puedes hacer algo al respecto?

–Ya te lo he dicho –respondió Harold–, así es cómo lucen algunas veces.

–Pero es su trabajo –insistió la mujer–. ¿Por qué estamos aquí siquiera si no pueden hacer su trabajo?

Ya estaba desesperado por ver el cuerpo para ese entonces, me preguntaba de qué clase de horror estaban quejándose todos, así que dejé que Harold se defendiera por su cuenta y me acerqué al cajón. Había otra mujer de pie junto a él, aunque era mucho más joven; apenas mayor que yo, quizás tuviera diecinueve o veinte años, y tenía piel oscura. ¿Mexicana, tal vez? Ella frunció su rostro en un gesto de infelicidad pero lo ocultó cuando me vio de reojo, mirándola.

El cuerpo lucía, luego de toda la ansiosa anticipación, bastante normal. Kathy había sido delgada en las fotografías y

lucía delgada entonces, con cabello gris rizado y un rostro pálido y sombrío. Había esperado heridas visibles, algo que pudiera relacionar directamente con el ataque de un Marchito; tal vez una enorme mordida en su rostro. O, a falta de eso, algún problema con el embalsamamiento en sí, como que hubieran delineado mal las facciones y que tuviera los ojos hendididos, las mejillas ahuecadas o algo. Algo que justificara la actitud mortificada de todos sus amigos. Lo que veía era más simple y tan sorprendente que lo dije en voz alta.

–Su maquillaje está mal.

–¿Disculpa? –preguntó la chica junto a mí.

–Lo siento. Me tomó por sorpresa, eso es todo.

–Eres un idiota –dijo ella.

–¿Disculpa?

–Me tomó por sorpresa, eso es todo –ella sonrió con suficiencia–. ¿No es eso lo que estamos haciendo, narrar nuestras vidas en voz alta? Deja que siga adelante: estamos de pie junto a mi amiga muerta. Algún cretino cualquiera está burlándose de su maquillaje, entre todas las cosas.

–Lo siento. Dejaré de hablar ahora.

–Ah, bien, seguimos haciéndolo. Yo dejaré de hablar también, entonces, y luego me quedaré aquí esperando a que te vayas –todo estaba yendo muy bien.

–Solo... dame un minuto –intenté ignorar a la joven y volví a mirar el cuerpo. Parte del trabajo de un funebrero (discutiiblemente la mitad de él, después del embalsamamiento) era hacer que el cuerpo de la persona sin vida luciera lo más parecido posible a cómo lucía cuando estaba con vida. La pobre señora Schrenk no lucía bien, de formas que una persona

cualquiera probablemente no pudiera descifrar, pero que todas juntas hacían que se viera extraña. Demasiado cadavérica, en lugar de descansando en paz. Era desconcertante, pero un ojo entrenado podía ver que en realidad solo habían pasado por alto algunas cosas claves.

En principio, la base lucía normal. Los cuerpos sin vida no tienen sangre en la piel, así que lucen mucho más pálidos que en vida, pero el maquillista de la funeraria había utilizado una base oscura debajo de una más clara para agregar algo de color al rostro. El otro gran problema eran los ojos, que tendían a tener círculos oscuros alrededor, como magullones. Pero el maquillista también los había ocultado. Y era difícil hacer eso bien, es por eso que era tan confuso que quien hubiera maquillado a Schrenk hubiera olvidado un detalle mucho más simple: las sombras. Acostumbramos ver a las personas en vertical, entonces, cuando las vemos recostadas, especialmente bajo la extraña luz de una sala velatoria, sus facciones lucen mal. No tienen las sombras correctas, en lugares imperceptibles como las fosas nasales y los labios. Un maquillista funerario entrenado debió haberlo notado, pero nadie lo había hecho.

La mujer a mi lado volvió a hablar.

–¿Eres de Cottwell?

–¿Cottwell?

–Sí, genio, Cottwell. “La casa funeraria más antigua de Lewisville”, o cualquier asqueroso lema que estén usando estos días. ¿No eres un espía ni nada?

–No soy de Lewisville –respondí–. Pero vengo de una funeraria, o algo así. Me disculpo una vez más por ser grosero sobre tu amiga –entonces, hice una pausa y pensé por un

momento. ¿Por qué le molestaría tanto Cottwell, o pensaría que podrían enviar a un espía? Solo podía pensar en una razón—. ¿Tú trabajas aquí, en esta funeraria?

—¿Cómo sabes eso, si no eres un espía? —preguntó con los ojos entornados.

—¿Por qué una funeraria espiaría a otra?

—No lo sé. ¿Qué te dijeron cuando te contrataron?

—Ellos no... Mira, siento haber sido grosero, ¿de acuerdo? Insulté a tu amiga que murió y al parecer también a tu amigo que trabaja como maquillista; ah, maldición.

Ella mostró una sonrisa petulante al ver la revelación en mí.

—Sip.

—Eres tú, ¿no es así? Tú eres la maquillista.

—Maquillista suplente —agregó ella—. Normalmente solo soy embalsamadora. Es algo gracioso ver lo lento que deduces todo esto.

—Apuesto a que lo es —afirmé. Necesitaba más información, y esa chica era mi única fuente hasta el momento, así que, hostil o no, intenté extender la conversación—. Entonces, ¿quién es el maquillista permanente?

—No te preocupes; ya resolverás eso también —cerré los ojos, y otra pieza del rompecabezas cayó en su lugar.

—Kathy Schrenk.

—Increíble.

—Es por eso que alguien de veinte años es amiga de una señora mayor —dije—. Son compañeras de trabajo. Y es por eso que el maquillaje está mal, porque la única persona que sabe cómo hacerlo está muerta y ninguno de ustedes quería pedir ayuda a la persona que maquilla en Cottwell.

–¿Eso nos hace sonar pretenciosos? –preguntó ella–. Porque quiero asegurarme de que sonemos pretenciosos.

–No soy un espía de una funeraria rival, por más entretenidas que puedan ser las miniserias de la BBC –miré rápidamente alrededor de la habitación; nadie más que nosotros estaba viendo al cuerpo–. Pero soy un funebrero y puedo arreglar esto –volví a mirar a la joven mujer. Tenía maquillaje bronceado en la piel; no súper oscuro, pero bastante–. ¿Tienes algo de maquillaje a mano?

–¿Quieres experimentar con su maquillaje aquí mismo? –ella levantó las cejas.

–Me tomará sesenta segundos como mucho. Cierra los ojos.

–Claro que no.

–No voy a arruinar nada. El problema son las sombras; como aquí y aquí. Hiciste un buen trabajo con ella, pero el tema de las sombras es algo único en los cadáveres, es por eso que no pensaste en hacerlo. Es muy simple, pero necesito algo de maquillaje oscuro y creo que la sombra de tus ojos será perfecta. ¿Puedo verla, por favor?

Ella me echó un vistazo, probablemente intentaba identificar si yo estaba loco, luego suspiró y cerró ligeramente los ojos, de modo que los párpados descansaron sobre ellos sin arrugas. Los analicé un momento, luego volví a mirar al cuerpo sin vida.

–Sí, eso será perfecto –afirmé–. ¿La tienes aquí? Puedo arreglarlo en sesenta segundos, máximo.

Revisó su bolsa y sacó un pequeño polvo compacto, pero cuando lo quise tomar, ella lo alejó un poco y lo aferró con más fuerza. Miró alrededor de la habitación y a Harold, que aún

conversaba con una multitud de futuros clientes descontentos. La chica suspiró y volvió a mirarme a mí.

–¿Sesenta segundos?

–Como mucho.

–¿Y puedo apuñalarte si lo arruinas?

–Con el elemento punzante que escojas –respondí. Ella dudó otro instante y luego entregó la sombra. La abrí. El color se veía bien. Tomé el aplicador, lo pasé sobre el maquillaje, luego coloqué un poco en mi brazo para probar con cuánta facilidad transfería a la piel. No quería embarrar una mancha gigante en el rostro de la mujer difunta. Pasó a mi brazo con bastante facilidad, así que empecé a hacer pequeñas líneas sutiles en el rostro; ligeras al principio, luego con más confianza a medida que la vieja memoria del músculo despertaba. Las cavidades alrededor de su nariz; el surco sobre su labio superior; la línea debajo del labio inferior; un punto o dos en el mentón. Me detuve a medio camino, respiré profundo, saboreé la inesperada intensidad de mis emociones al trabajar; era sorprendente, casi embarazoso, lo *bien* que se sentía volver a estar trabajando en un cuerpo sin vida. Era quien había sido por años y quien esperaba ser por el resto de mi vida. Un funebrero. Sentía una veneración por la muerte y por los cuidadores que guiaban a los cuerpos sin vida a su reposo final, de modo que estar allí otra vez, en ese lugar, tocando ese cuerpo, era...

Me di cuenta de que una lágrima había caído por mi rostro y la sequé rápidamente, con esperanza de que la chica no la hubiera visto. Miré el cuerpo una última vez, moví la cabeza para verlo desde ángulos diferentes y pasé un último toque de

maquillaje por el mentón. Cerré el contenedor y se lo regresé a la chica. Pero, antes de que pudiera aceptarlo, la hermana gemela de Kathy Schrenk apareció entre los dos, extendió su dedo hacia el cuerpo en un gesto acusatorio y dijo:

–¡Lo ves! Mira cómo... ah.

–Déjame ver –dijo otra mujer, su voz más fuerte que las demás y cuando giré, todo un grupo de personas caminaba detrás de mí: Harold, una bandada de débiles ancianas y la mujer corpulenta que había visto antes en la fotografía de Kathy. Margo, supuse. La directora de la funeraria. Ella se adelantó, miró el cuerpo, luego a las mujeres.

–Ella se ve bien para mí.

–¿Estás ciega? –preguntó una de las mujeres mayores–. Luce como si la hubieran sacado de un río.

Margo se hizo a un lado para permitir que más mujeres se acercaran y, una a una, sus miradas se suavizaron al mirar a su amiga.

–Luce fantástica –comentó una.

–Tan en paz –agregó otra.

–Debieron ser nuestro ojos –dijo la hermana–. O la luz –miró a Margo y sonrió–. Lamentamos mucho haberte molestado. Creo que tal vez una de estas luces estaba funcionando mal antes, pero luce fantástica ahora.

–Gracias –respondió Margo–. Y gracias por venir.

Mientras las mujeres se reunían alrededor del cajón, Harold levantó la vista, confundido, y Margo llevó a la chica mexicana a un lado.

–No lucía así cuando la trajimos de atrás –susurró Margo–. ¿Qué has hecho?

–Un riesgo calculado –respondió la chica y me señaló–. Si no puedo confiar en un extraño de la calle, ¿en quién *puedo* confiar?

Margo me miró, me evaluó, luego volvió a mirar a la chica y alzó las cejas.

–¿Dejaste que alguien tocara un cuerpo? ¿Sin consultarme?

–Funcionó –afirmó la chica–. Has visto qué buen trabajo hizo.

Margo suspiró, luego me miró otra vez, con el mentón elevado de un modo que la hacía ver abruptamente abierta y profesional.

–Muchas gracias por tu ayuda –extendió su mano–. Soy Margo Benett.

–Robert –respondí, y estreché su mano.

–¿Dónde has aprendido?

–Funeraria familiar. No tuve formación formal.

–Haces un buen trabajo –afirmó, y regresó a la chica–. La próxima vez, pregúntame primero.

–Lo haré.

Margo asintió y se marchó, y la chica volvió a mirarme.

–Bien, entonces. Supongo que no podré apuñalarte.

–No es tan divertido como se espera –respondí, y le regresé su sombra. No era una gran conversación, o ninguna para el caso, pero aún necesitaba información y esa era probablemente mi mayor posibilidad de obtenerla–. ¿Cuál dijiste que era tu nombre?

–Jasmyn. Con Y.

–Un gusto conocerte, Jasmyn –casi digo “Jasmyn con Y”, pero para conversar o no, aún tenía algo de respeto–. ¿Así que estás, em, entrenando como embalsamadora?



–Así es. Ya hace casi un año.

Asentí y luego me pregunté si estaba asintiendo demasiado y me detuve. Tenía oportunidad de hacer preguntas, pero no sabía qué preguntas hacer.

–Así que –dudé demasiado tiempo mientras intentaba pensar en cómo continuar–. ¿Te gusta?

–Definitivamente no eres un espía.

–¿Por qué no?

–Porque apestas. Esta es, seriamente, la peor charla que he tenido jamás.

–Para ser honesto, odio hablar con las personas –era un riesgo, pero si estaba leyéndola bien, ella respondería a eso.

–Sí, dímelo a mí. Las personas son lo peor –sonrió con suficiencia y puso los ojos en blanco.

Bingo.

–Iré a ahogar mis penas con galletas –comenté, y señalé a la mesa–. ¿Quieres una?

–También son lo peor. Pero ¿por qué no?

Nos acercamos a la mesa de comida y tomamos una galleta. Se partió en dos a mitad de camino a mi boca, una mitad cayó de regreso a la bandeja.

–¿Lo ves? –comentó Jasmyn y tomó un bocado en migajas–. Margo insiste en ofrecerlas, pero no quiere pagar por unas buenas.

–Nuestra funeraria nunca tuvo galletas –dije.

–Eso es exactamente lo que le dije. Nadie ofrece galletas en los velatorios, a menos que la familia las lleve o algo –ella tomó otro bocado–. Quizás tenga acciones en la compañía de galletas.

–¿Cottwell ofrece galletas? –pregunté.

–No –Jasmyn negó con la cabeza–. Así que tal vez sea por eso que Margo lo hace; intenta sobresalir.

–Así que, em... –quería preguntar por el cuerpo y pensé que finalmente se me había ocurrido una forma normal de hacerlo. Bueno, algo normal–. Así que Kathy Schrenk se ahogó, ¿cierto?

–Eso dicen –respondió–. Aunque nadie sabe cómo. Ella estaba en su jardín y no tiene una piscina ni nada. Y no vive cerca del canal.

Entonces, confié en su falta de experiencia como embalsamadora.

–Los cuerpos ahogados son tan extraños. Siempre se ve esa extraña grasa negra –eso, por supuesto, era una mentira, y una bastante transparente. Nadie que se ahogue tiene nada negro. Es decir, la grasa no procedería del ahogamiento, sería de un Marchito. Lo llamaban “materia del alma”, y era como una ceniza grasienta que quedaba atrás en muchos de sus ataques. Pienso que de eso estaban hechos sus cuerpos, debajo de sus apariencias humanas, porque cada vez que mataba a uno se disolvía en una nociva pila de ella. Si Schrenk había sido asesinada por un Marchito, Jasmyn debía haber visto materia del alma durante el embalsamamiento. Y si no, bien, ella era suficientemente nueva en su trabajo como para no detectar necesariamente mi mentira.

Miré atrás a Jasmyn con un brote de esperanza, ¿podría ser?

Nop. Ella lucía confundida.

–¿En verdad? –preguntó–. ¿Grasa negra?

–Algunas veces –suspiré–. Pensé que no haría daño preguntar.

–Oye, Jazz –llamó Harold–, ¿puedes ayudarme con algo?

–Seguro –respondió Jasmyn y fue rápidamente tras él. Yo me acerqué a la pared y me pregunté qué hacer a continuación. Pero, más que nada, estaba simplemente feliz de estar nuevamente en una funeraria; no porque fuera especialmente increíble, sino porque resultaba familiar. Las personas, las cortinas, la música, el cajón y el cuerpo. No sabía realmente cómo cazar monstruos, aunque lo había estado haciendo por años. No sabía realmente cómo pedir aventones, cómo estar en la calle, cómo evadir a la policía ni cómo hacer todas las cosas que mi vida me había forzado a hacer. Pero sabía cómo estar en una funeraria. Nunca me sentía más cómodo que allí.

Un movimiento llamó mi atención y miré a través de la habitación para ver que otra mujer acababa de entrar por la puerta. Parecía como de treinta años, pero llevaba un vestido antiguo, acampanado, tan sucio que parecía que lo había tenido puesto por años. Su cabello caía en rizos despeinados alrededor de su rostro. Los demás invitados se alejaron de ella en cuanto entró, miró alrededor y luego se enfocó en mí. Yo miré alrededor en busca del personal de la funeraria (Jasmyn, Harold o Margo), pero todos habían salido por algún motivo. La mujer andrajosa se acercó a mí y pude ver que su rostro y sus brazos estaban tan sucios como su ropa; sus uñas estaban quebradas y cubiertas de sangre vieja; y sus pies estaban descalzos y embarrados de mugre. Caminaba de una forma extraña, como si no estuviera acostumbrada a hacerlo, y mantuvo los ojos fijos en mi rostro. Se detuvo a unos centímetros y me observó.

–Te conozco –dijo finalmente.

-No lo creo.

-¿Me conoces?

-No -negué con la cabeza-. Lo siento.

La mujer siguió mirándome, luego se acercó más.

-Corre de Rain -susurró.

Luego volteó y salió corriendo por la puerta.